



EL HOMBRE DE CRISTAL

ANDERS
DE LA
MOTTE



ANDERS DE LA MOTTE

EL HOMBRE DE CRISTAL

Unidad de Casos Perdidos 2

Traducción de Pontus Sánchez

Título original: *Glasmannen*

© Anders de la Motte, 2023

Edición publicada de acuerdo con Salomonsson Agency

© por la traducción, Pontus Sánchez, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción inspirada en sitios, acontecimientos y fenómenos reales.

Primera edición: febrero de 2025

ISBN: 978-84-08-29881-6

Depósito legal: B. 1.029-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



INVIERNO DE 2019

—¿Qué coño ha sido eso?

Algo rasca el casco de la barca como un mal augurio y Elis empieza a salpicar con los remos.

Nick y él llevan casi media hora remando en una oscuridad prácticamente absoluta, y el repentino ruido lo asusta.

—¡Mierda! ¿Está entrando agua? —dice, jadeando, en cuanto consigue hacer retroceder la barca un par de metros sobre las aguas negras del lago. El aire forma velos de vaho delante de su boca cuando respira, hasta que el frío de la noche se los traga.

—No —contesta Nick, que va sentado en la proa—. Es muy difícil hundir una barca de fibra de vidrio como esta.

Vuelve a alzar los prismáticos y otea la oscuridad que tienen delante.

Elis no está demasiado contento con la respuesta.

—Ya te he dicho que teníamos que coger chalecos —espetta—. Es pleno invierno, el agua está helada. Es imposible que podamos volver a nado.

Hace un gesto por encima del hombro. Al fondo de la oscuridad, en la lejana playa, se sigue viendo la lámpara del refugio donde han robado la barca. Es uno de los escasos puntos de luz que hay en las pendientes cubiertas de bosque que rodean el lago.

—¿Por qué no damos la vuelta? ¿Y probamos a la luz del día?

En cuanto Elis termina la frase, el manto de nubes se abre por la mitad. La luna llena asoma la cara y transforma el agua negra del lago en hielo flotante.

—Mira —dice Nick, emocionado—. Casi hemos llegado. Ya se pueden ver la torre de extracción y el observatorio.

Señala la isla, que se eleva un poco por delante de la proa. Un banco de niebla flota sobre la orilla, pero a la tenue luz de la luna, por encima de las copas de los árboles, asoma una torre con la silueta de una cúpula en la parte más alta.

Elis tiritita de pies a cabeza. Debe de ser por el frío de la noche y la humedad del ambiente, pero no está del todo seguro. Una sensación desagradable lleva acompañándolo desde que han empujado la barca al agua en el embarcadero del refugio.

Vuelve a echar un vistazo a tierra firme.

Están muy lejos. Demasiado.

Se sube un poco el gorro y se seca la frente con la manga de la chaqueta. Los dos van vestidos de negro y llevan guantes, botas y gorro militar de lana calado hasta las cejas.

Ellos lo llaman «el uniforme *urbex*».

Nick baja los prismáticos y mira la hora.

—Pronto será medianoche. Gira a la izquierda y rema bordeando la isla, yo vigilaré que no haya más rocas —ordena—. El muelle tendría que estar en la cara sur.

Elis empieza a remar otra vez, a regañadientes. El chirrido de los escálamos se mezcla con el chapaleo del agua.

A medida que resiguen la isla, nuevos detalles van aflorando en la niebla. Los abetos enanos de la orilla hacen equilibrios sobre una capa de piedras afiladas que se adentran un buen trecho en el lago, donde los bloques de piedra más grandes asoman amenazantes del agua como dientes de depredador, a tan solo unos metros del casco de plástico de la barca.

Elis rema con cuidado, solo aparta los ojos de los bloques de

piedra de vez en cuando para lanzar una mirada a la lámpara del refugio.

Nick parece entender que el ambiente está algo tenso.

—¿Crees que los flipados esos de los ovnis que nos han dado el mapa ven porno alienígena en esa casa pareada en la que viven? —dice hacia atrás—. Igual se disfrazan de extraterrestres y hacen juegos de rol.

Elis no puede evitar sonreír un poco.

—Seguro que sí —dice—. Sigo sin entender cómo has conseguido que nos ayuden.

—Pues muy fácil —se ríe Nick—. Los he convencido de que yo también me creo todo el rollo ese de Gunnar Irving, el platillo volante y el extraterrestre. Y luego les di el libro de Martin Hill y les puse «La verdad está ahí fuera» en la dedicatoria. Un poco más y se mean encima de la emoción.

Elis se ríe de nuevo, nota que se relaja un poco.

—Ahí está el muelle —anuncia Nick, señalando con el dedo.

En la niebla aparece un muelle de hormigón agrietado. En la punta, un cartel abollado y torcido. De no ser por la luz de la luna, no se podría leer lo que pone.

—«Riesgo de desprendimiento. ¡Acceso restringido!» —lee Nick—. Pues ya hemos llegado al sitio correcto.

Amarran la barca a una escalera oxidada, se echan las mochilas a la espalda y suben al muelle. Elis se vuelve hacia tierra firme.

La cara sur del lago también está cubierta en su mayoría de bosque y completamente a oscuras. Pero en un pequeño cabo, justo en la orilla de enfrente, hay un edificio que parece un castillo, con una suave iluminación exterior.

—¿Cuánto crees que hay de aquí a Stjärneholm? —pregunta Elis.

—Quinientos o seiscientos metros, quizá —responde Nick—. Está mucho más cerca que el refugio, eso seguro. Pero no tienes por qué preocuparte, la familia Irving no mira en esta dirección. Están demasiado ocupados buscando platillos volantes.

Hace un gesto exagerado hacia el cielo, y luego da media vuelta y empieza a caminar hacia tierra firme.

Elis se demora unos segundos. Vuelve a tiritar, o a sentir un escalofrío. No consigue desprenderse del malestar.

En el punto en el que el embarcadero conecta con tierra hay una choza destartalada a la que le falta la puerta. Nick hace un alto, despliega un mapa dibujado a mano e intenta orientarse en la niebla y la tenue luz.

—¡Por aquí! —exclama, y camina diez metros más, siguiendo la linde del bosque—. ¡Aquí está el antiguo camino de la mina!

Dos roderas prácticamente ocultas por la maleza se abren paso entre los troncos. Elis y Nick esperan a encender los frontales hasta que ya no se los pueda ver desde el agua.

En el bosque, la niebla es más densa, los haces de luz se vuelven lechosos.

El suelo está cubierto de musgo y helechos. De vez en cuando, el camino se ve interrumpido por algún árbol caído o agujeros originados por pequeños hundimientos del terreno. Hay dientes de roca torcidos asomando por todas partes, igual que en el agua.

—Escalofriante —murmura Elis entre dientes, sin tener muy claro por qué. No suele darle miedo la oscuridad, pero tanto la isla como el bosque tienen algo que le genera picores.

Nick parece totalmente impasible. Se detiene y enfoca hacia un gran bloque de piedra que hay junto al camino. La piedra es clara y de grano fino, brilla un poco.

—Riolita —dice, satisfecho, y la toca—. La isla de Blockön es uno de los pocos lugares de toda Escandinavia en los que se puede encontrar este tipo de roca. ¡Y mira eso!

Nick señala un grabado en la piedra.

—AUG 2009 —lee Elis.

—Asociación de Ufología de Göinge —dice Nick con una

sonrisita—. Incluso el nombre es ridículo. Pero ahora por lo menos sabemos que estaban diciendo la verdad.

Nick saca una multiherramienta y elige un cincel afilado.

URBX 2019, graba.

—Ya está, ahora ya hemos dejado claro que hemos llegado, como mínimo, igual de lejos que ellos.

Continúan avanzando, siguiendo las roderas del camino. Las ramas de los laterales se extienden tanto que en varias ocasiones se ven obligados a apartarlas para poder pasar.

En un punto, el camino se ha hundido en un hoyo de casi un metro de profundidad.

—Un derrumbamiento —dice Nick—. Toda la isla es como un queso gruyer. Las galerías están llenas de agua y pueden colapsar en cualquier momento. Podríamos ahogarnos como aquellos pobres desgraciados en 1965.

Se ríe, pero a Elis no le hace ninguna gracia. La idea de tener esas aguas negras justo por debajo de los pies lo incomoda.

Doscientos metros más adelante, algo grande asoma en la tangente de sus haces de luz. Una verja alta y oxidada con líquenes grises colgando en los recuadros de la malla metálica de simple torsión, como si fueran enormes telarañas.

Por encima de la verja hay un arco metálico con letras oxidadas.

STJÄRNGRUVAN, la Mina de las Estrellas.

Más abajo, a ambos lados de la gruesa cadena que mantiene la verja cerrada, hay dos carteles. El primero es idéntico al que han visto en el muelle.

RIESGO DE DESPRENDIMIENTO. ¡ACCESO RESTRINGIDO!

El otro cartel solo tiene una palabra: ¡PELIGRO!

Nick ya se ha acercado y comprueba la cadena.

—Está tensa como la roca —constata—. Y no sé tú, pero a mí no me apetece demasiado pillar el tétanos.

Apunta hacia arriba con la luz del frontal. La verja y la valla deben de medir cuatro metros de altura. En la parte superior

hay una extensión en forma de Y llena de alambre de púas oxidado.

—Pero, gracias a nuestros amigos amantes de los ovnis, sabemos que hay una entrada trasera.

Nick vuelve a mirar el mapa y empieza a reseguir la valla hacia la izquierda.

Elis se queda donde está, con la mirada todavía fija en la verja. Ha visto infinidad de carteles de aviso y nunca se ha molestado en hacerles caso. Aun así, este de aquí tiene algo que lo inquieta.

El óxido, el tipo de letra, el color amarillo descolorido. O quizá sea por la escueta advertencia: ¡PELIGRO!

Traga saliva por acto reflejo.

—¿A qué esperas? —susurra Nick por encima del hombro—. ¡Vamos, joder!

Elis aparta reacio la mirada del cartel y empieza a seguir a Nick.

Este no tarda en detenerse detrás de unos arbustos enormes que han crecido a través de la valla. Echa un último vistazo al mapa, se agacha y se mete justo por el centro de los arbustos.

—¡Está aquí! —Aparta unas cuantas ramas y destapa un agujero escarbado por algún animal que pasa por debajo de la valla.

—Joder —suspira Nick cuando salen de entre los arbustos al otro lado y se limpian la tierra y hojas muertas de los pantalones.

—Me sorprende que esos dos flipados de los ovnis pudieran pasar, con lo gordos que están. Aunque también hace diez años de aquello, a lo mejor en esa época estaban en forma.

Elis no lo escucha. Está demasiado ocupado haciendo barridos en todas direcciones con el haz del frontal. A pesar de la emoción, sigue sintiendo un desasosiego que se resiste a desaparecer. El interior del recinto vallado tiene otra vegetación. Aquí no hay bosque de coníferas, sino abedules cuyos troncos titilan fantasmagóricamente pálidos. En la niebla que se extien-

de por detrás de ellos, los antiguos edificios de la mina se intuyen como enormes sombras apretujadas.

—Por fin —dice Nick, fascinado—. ¿Estás listo para viajar a 1965?

Elis no responde.

A medida que se acercan a los edificios, la hierba del suelo se ve cada vez más sustituida por manchas de hormigón y piedra triturada, hasta que el paisaje se abre del todo en un gran patio entre dos edificios lúgubres.

El de la derecha es el doble de grande que el otro. La cubierta a dos aguas y las paredes están hechas de chapa corrugada y oxidada. En la parte más alta, por debajo del alero, hay una hilera de ventanas de fábrica.

Nick apunta hacia ellas con el frontal.

—Mira, las ventanas están enteras. Y tampoco hay pintadas ni grafitis.

Elis sabe que eso son buenas noticias, porque significa que pocas personas, o ninguna, han estado aquí en mucho tiempo. Aun así, le está costando alcanzar el nivel adecuado de entusiasmo. Están en mitad de una isla desierta, que se encuentra en mitad de un lago helado y oscuro, sin que nadie lo sepa. Además, toda la isla está minada de galerías inundadas que pueden colapsar sin previo aviso.

Mira el teléfono móvil. Solo tiene una mísera rayita, lo cual no lo pone de mejor humor.

—Mala cobertura, ¿no? —dice Nick—. Los flipados de los ovnis tenían la teoría de que es porque los extraterrestres afectan a las ondas de radio. Les brillaban los ojos solo de hablar del tema. Pero lo estuve mirando con un colega que trabaja en Tella y, según él, la cosa es tan simple como que el lago se encuentra en el fondo de un cráter y que a las señales de móvil les cuesta llegar hasta aquí. Chúpate esa, *Expediente X*.

Empieza a caminar resiguiendo la pared de la fábrica. Elis se guarda el teléfono y lo imita.

La luna vuelve a asomar, y en la niebla y la oscuridad del lado opuesto de la explanada ve erguirse una tétrica torre de hormigón.

Debe de tener unos quince metros de altura. Los laterales están abiertos, así que se puede ver a través de las tres plantas.

—La torre de extracción —dice Nick mientras barre el edificio lúgubre con el haz de luz—. Es por donde sacaban los carros de la mina. Y allí arriba, en el tejado...

En la cubierta plana de la torre, junto a la gran rueda giratoria del brazo elevador, se puede intuir la cúpula oscura que habían divisado desde el agua.

—El observatorio de Bernhard Irving —murmura Elis. Por fin nota cómo le surge la mezcla correcta de nervios y emoción, llevándose por delante toda la preocupación que había sentido hasta ahora.

—Exacto —dice Nick, sonriendo—. El lugar donde aterrizó el gigante de los ojos rojos.

Sus pasos crujen cuando se acerca, y al enfocar al suelo con el frontal Elis descubre que las piedras están mezcladas con esquirlas de un mineral negro y brillante.

Nick se mete en la torre de extracción y la explora más de cerca.

—Qué pasada —dice mientras ilumina las seis columnas de hormigón que sostienen la torre—. Esto aguantará cien años más.

Se detiene junto a una gran trampilla cubierta de musgo que hay en el suelo.

—Y aquí debajo está el acceso a la mina. La tapa que lleva al inframundo.

—Mmm —murmura Elis.

Está demasiado ocupado buscando una manera de subirse a la torre. Debe de haber siete u ocho metros desde el suelo hasta el primer rellano. En el lado izquierdo de la torre hay una escalera de acero que sube haciendo zigzag, pero la sección que baja hasta el suelo ha desaparecido.

—Han cortado la escalera —dice—. Tal como dijeron los flipados.

—Menos mal que una escalera cortada no nos puede detener. —Nick le da un golpecito a la mochila de Elis—. Pero antes de sacar la cuerda se me ocurre otra idea. ¡Mira!

Señala con el haz de luz. En el rellano central de la torre de extracción hay una pasarela inclinada que cruza hasta la nave de la fábrica, donde termina junto a una claraboya que tiene una trampilla de madera.

—Seguro que los carros de la mina entraban por ahí después de subir con el montacargas. Allí dentro debe de estar la trituradora, y a lo mejor hay una escalera que no está cortada. Bastante más fácil que subir por una cuerda, ¿no crees?

Elis está completamente de acuerdo. Pesará unos quince kilos más que Nick, así que prefiere evitar la cuerda en la medida de lo posible.

El portón de entrada a la fábrica está cerrado a cal y canto. Pero cuando Elis tira de la manilla, se oye un crujido considerable en el marco. Intercambian una mirada.

Nick se quita la mochila y saca una palanca. Va en contra de las reglas, los dos lo saben. Los exploradores urbanos no pueden entrar por la fuerza en los sitios. Pero esto es un caso especial. Solo será una vez en la vida.

La puerta cede casi al instante. Se abre con un leve golpe en cuanto Nick hace un poco de fuerza con la palanca.

Al otro lado los recibe una gran nave industrial oscura que huele a polvo de piedra, aceite y mierda de paloma.

En el centro de la nave hay una trituradora enorme que llega casi hasta el techo. Justo al lado, una estrecha escalera baja hasta otra puerta cerrada. En una situación normal, habrían empezado por ahí. Habrían intentado bajar todo lo posible en el edificio para, después, ir ascendiendo de forma metódica.

Pero esta noche no se rigen por las reglas de siempre.

Apuntan al techo con los frontales. Allí arriba, levantada sobre pilares de madera, está la pasarela que han visto desde fuera.

—¡Bingo!

Nick ilumina una escalera de madera que hay justo debajo de la trampilla.

Un ruido repentino los hace dar un respingo. Algo vivo sale disparado desde la parte alta de la escalera, bate las alas y se aleja por la nave industrial hasta que desaparece en la oscuridad.

—Palomas —dice Elis, soltando un suspiro de alivio—. Siempre nos pegan el mismo susto de muerte.

—Al menos a uno de los dos —repone Nick con una sonrisita burlona—. Esta noche te veo bastante asustado. ¿Te dan miedo los extraterrestres de ojos brillantes o qué?

—Vete a la mierda —murmura Elis.

Nick coge la avanzadilla y empieza a subir la escalera entre crujidos.

La trampilla de la claraboya resulta fácil de abrir. La pasarela que lleva hasta la torre de extracción mide unos cinco metros de largo y, en realidad, es un pequeño tramo de raíles que se inclina de forma bastante pronunciada hacia el edificio de la fábrica.

Nick apoya un pie en el primer travesaño, probando, y después se agacha hacia delante, se sujeta con las manos en sendos raíles y comienza a subir. Elis observa con envidia sus movimientos ágiles.

—¡Está chupado! —constata Nick cuando llega a la torre—. ¡Te toca!

Elis copia la técnica de Nick. Intenta evitar mirar abajo. No es que tenga miedo a las alturas, pero la idea de trepar por una estructura de metal de más de sesenta años ya es lo bastante desagradable sin necesidad de saber de cuántos metros sería la caída. Sobre todo teniendo en cuenta que el suelo de debajo está lleno de piedras y minerales triturados. Justo cuando alcanza la torre de extracción, el metal emite un fuerte estruendo que re-

suenan entre los edificios y hace que su corazón se salte varios latidos.

Elis se seca el sudor que se ha abierto paso a pesar del frío. Se encuentran en el rellano segundo y central de la torre. Tal y como habían intuido, los raíles continúan hasta el gran orificio que hay en el suelo, por donde subía el montacargas con los carros llenos.

Nick ya ha rodeado el agujero y ha llegado hasta la escalera exterior. Elis le sigue los pasos. Ahora ya están bastante arriba, debe de haber por lo menos diez metros hasta el suelo.

Por encima de sus cabezas, la escalera sigue subiendo en zigzag hasta el techo. Los pasos excitados de Nick por los peldaños de acero la hacen vibrar. Elis corre a hacerle compañía.

Llegan hasta el borde, salen y se plantan en el centro del tejado. A la derecha ven la antigua rueda de elevación colgando; a la izquierda, la cúpula negra se yergue en la oscuridad.

—El observatorio de Bernhard. —El tono de Nick suena casi solemne.

—Es fácil entender por qué lo construyó aquí arriba —dice Elis, señalando por encima de las copas de los árboles—. Se ve todo el lago.

El banco de niebla, que se ha extendido sobre las aguas oscuras, queda debajo de ellos. Al otro lado del lago se ven las cuevas cubiertas de bosque, igual de altas y empinadas en todas direcciones.

—Es como estar en mitad de un embudo. Y mira allí arriba. ¡Flipa!

En el manto de nubes se abren grietas por las que pueden atisbarse la luna llena y el cielo estrellado. Los cuerpos celestes parecen más claros, más intensos.

—Los bordes del cráter tapan toda la luz exterior —dice Nick—. Incluso Stjärneholm queda difuminada.

Elis se gira y sigue la mirada de Nick. La finca en la otra orilla del agua se ve con claridad, pero la iluminación exterior es

llamativamente exigua para un edificio de semejante tamaño. Después, vuelve a contemplar el observatorio.

—Joder, vaya sitio.

—Ya te dije que merecía la pena. —Nick le da un golpe en la espalda—. Venga, vamos a ver qué hay ahí dentro.

La parte inferior del observatorio es de hormigón, la cúpula está revestida con piezas de chapa llenas de manchas de óxido.

Nick mete la punta de la palanca en la ranura de la puerta, lo más cerca que puede de la cerradura. La puerta cruje, pero no cede. Se apoya con el pie en la pared y prueba por segunda vez, pero con el mismo resultado.

—Espera, déjame probar a mí —dice Elis. Apoya el pie en la pared igual que acaba de hacer Nick y tira de la palanca con todo su peso corporal. La puerta se abre de un bandazo y da un golpe sordo. Elis cae de espaldas.

Para cuando se pone en pie, Nick ya se ha metido en el observatorio.

—¡Hostia puta! —grita—. ¡Ven a ver esto!

El interior de la cúpula es de madera pintada de negro. En el suelo hay una plataforma que delata la ubicación que ocupó el telescopio en su momento.

Pero allí dentro hay otra cosa que ha captado la atención de Nick. A lo largo de casi todo el perímetro interior de la cúpula hay una estantería repleta de objetos variopintos. Libros, revistas amarillentas, unas tazas de café desparejas, contenedores de cristal oscuros con un contenido turbio.

En una sección bastante más espeluznante de la estantería hay una serie de cabezas de plástico de diferentes tamaños colocadas en fila. Muñecas, muñecos de acción, incluso una cabeza de maniquí. Las cuencas de los ojos están vacías. Miran ciegamente a la estancia oscura y hacen que Elis sienta un estremecimiento por la nuca.

—¡Mira esto!

Nick alumbra el techo.

Hasta ahora Elis no se había dado cuenta de que en la cara interna de la cúpula hay objetos fijados.

Azules, marrones, grandes, pequeños.

De papel, de plástico, de cristal. Recortados de periódicos y revistas, sacados de juguetes y cabezas de muñeca.

El estremecimiento se convierte en un escalofrío.

El techo está repleto de ojos.

Cientos de ojos.

—¿Qué cojones es esto...? —dice Nick.

Elis no responde. Una nueva sensación ha brotado en su interior. Se hace más intensa a cada respiración que da y se ve reforzada por todos los ojos que los observan desde arriba.

—Mira ese de ahí.

Nick ilumina un alienígena verde de juguete con un par de muelles por antenas. Le da un golpecito con el dedo índice y las antenas se ponen a bailar.

—¿Se lo llevamos a los flipados de los ovnis para darles las gracias por la ayuda?

—No lo toques —ordena Elis.

Nick se ríe.

—¿Por qué no?

Elis no tiene una buena respuesta. La sensación va en aumento.

Nick saca la cámara de la mochila y empieza a tomar fotos sin parar, una detrás de otra.

La luz del intenso flash rebota en la cúpula. Se refleja en el cristal, el metal y el plástico que hay en la gran estancia. En los ojos del techo.

Flash.

Oscuridad.

Flash.

Oscuridad.

Como si los ojos de ahí arriba parpadearan.

Como si se movieran.

Como si los observaran.

Elis se queda de piedra.

De pronto, la creciente sensación pasa a ser un convencimiento.

No están en un sitio olvidado. No es una ruina abandonada.

Alguien es dueño de este lugar. Alguien que ha reunido objetos importantes y los ha ordenado con esmero. Alguien que se ha montado un pequeño santuario dentro de la cúpula, cuyo significado Elis no logra entender. Pero de una cosa está seguro.

Ahora mismo, en este sitio, Nick y él no son exploradores urbanos.

Son intrusos.

Le viene otra vez a la mente el cartel de la verja. ¡PELIGRO!

Después, la alta valla con el alambre de púas que apuntaba tanto hacia fuera como hacia dentro.

Es evidente que está ahí para mantener alejadas a las personas ajenas. Pero quizá también para evitar que alguien salga del recinto.

—Tenemos que irnos —murmura.

—Primero quiero terminar de sacar fotos.

Nick sigue lanzando flashes. Está tan emocionado que al moverse choca con el estante, uno de los tarros oscuros de cristal se tambalea y cae con un estruendo al suelo, donde se rompe en mil pedazos.

El contenido, un líquido que huele intenso a alcohol, se esparce por el suelo. En el líquido hay algo que parecen bolitas blancas.

Elis retrocede, asustado.

Ojos de distintos tamaños ruedan por los tablones de madera.

No son de muñecas ni de juguetes. Esos son ojos de criaturas que en algún momento estuvieron vivas.

Elis y Nick se quedan unos segundos enfocando al suelo con los frontales.

—Joooder... —suelta Nick—. ¿Tú crees que son ojos de animales?

Ya no hay ni rastro de emoción en su voz. Se ha visto sustituida por otra cosa. Duda, miedo.

—Tenemos que irnos de aquí —dice Elis—. Ahora mismo. Esta vez, Nick sí le hace caso.

Fuera, el cielo estrellado se ha cubierto casi del todo de nubes y la luz de la luna es cada vez más débil. Corretean hasta la escalera.

A medio camino oyen un sonido en la oscuridad que les es de lo más familiar.

Alas batiendo, cuyos azotes resuenan en la nave de la fábrica.

—Las palomas —dice Nick—. Algo las debe de haber asustado.

Corren hasta el borde de la torre de extracción. Desde allí pueden mirar por la trampilla abierta.

Abajo, en la fábrica, ven un resplandor rojo. Se mueve rápidamente en dirección a ellos, desaparece de su campo de visión y se ve sustituido por los crujidos de la escalera de madera.

—Viene alguien —sisea Nick.

Apagan los frontales y corren hacia la escalera metálica.

—La cuerda —dice Elis—. Podemos descolgarnos desde el primer rellano.

Sin esperar a obtener respuesta, empieza a bajar a toda prisa al mismo tiempo que se quita la mochila para sacar la cuerda y el arpeo.

La luz de la luna desaparece del todo y la escalera queda sumida en la oscuridad. Elis casi se pasa de largo en el último escalón. Se agarra a la barandilla en el último momento, evitando así caer al vacío.

Hace parar a Nick, quien lo sigue de cerca, y le hace una señal para que no haga ruido.

El sonido metálico se oye claramente por encima de sus respiraciones. Estruendos de hierro que rebotan entre los edificios.

Alguien está subiendo por la pasarela. Alguien bastante más grande y pesado que ellos dos.

—Date prisa —espetea Nick.

Entre los dos, sujetan el arpeo a la barandilla y luego dejan caer las mochilas. Elis se agarra a la cuerda con las dos manos, se descuelga de espaldas desde el último escalón y baja a oscuras. Por encima de su cabeza puede ver los pies de Nick a través de la reja que conforma el último escalón.

—¡Vamos! —dice, pero Nick no se mueve—. Venga, Nick —repite Elis al mismo tiempo que se desliza otro tramo.

Nota un movimiento en la cuerda. Una vibración que se hace cada vez más patente. Pasos pesados que bajan por la escalera.

—¡Nick! —grita, pero su amigo parece haberse convertido en hielo. Está mirando hacia la escalera, por donde los pasos se acercan cada vez más.

Elis se desliza un poco más.

—¡Nick!

Se queda callado. A través de la rejilla del escalón ve una silueta gigantesca que se acerca lentamente. Alrededor de la cabeza tiene un halo resplandeciente de color rojo.

A Elis se le dispara el corazón. Un ente enorme de color negro y con los ojos rojos, tal y como contaba la leyenda del extraterrestre. Se queda sin aire.

Los pasos continúan.

Bum.

Bum.

Bum.

El grito es tan inesperado que Elis está a punto de mearse encima, pero al mismo tiempo sirve para que su corazón se reactive.

Es Nick quien grita, quien está chillando de puro terror.

Y quien sigue desgañitándose aunque sus pulmones ya deberían haberse quedado sin aire.

Hasta que el grito cesa de golpe y se ve sustituido por un desagradable y largo crujido.

Elis puede ver como los pies de Nick se levantan del peldaño. Las puntas de sus zapatos se agitan a medio palmo del suelo, como si aquel ser lo hubiese alzado en volandas.

Algo líquido y caliente gotea por la rejilla de la escalera, le cae a Elis en la cara y lo obliga a pestañear.

Sangre.

La sangre de Nick.

Cuando Elis abre los ojos, ve el cuerpo de Nick salir despedido a tan solo unos palmos de distancia. Al instante siguiente, choca contra el suelo con un ruido sordo.

Elis vuelve a mirar hacia arriba.

El ente lo está observando fijamente a través de la rejilla de la escalera. Su rostro queda oculto en la oscuridad. Donde debería tener los ojos solo hay dos esferas grandes y rojas.

Elis está paralizado por el pánico.

La criatura coge el arpeo y desengancha la cuerda, aparentemente sin esfuerzo alguno. Mantiene a Elis flotando en el aire durante unos segundos, sin quitarle los ojos rojos de encima en ningún momento.

Después, suelta la cuerda.

Lo deja caer al vacío.

El aterrizaje es duro. Elis se golpea el tórax contra una piedra. Se queda sin aire, le parece oír el crujido de unas costillas que se parten. Pero por lo menos no ha caído entre las esquirlas de mineral afilado.

Nick yace un par de metros más allá. Elis se arrastra hasta allí y enciende el frontal. Antes de tocar el cuerpo blando de su amigo ya comprende que está muerto.

Nick tiene la cara completamente blanca, los ojos un poco salidos, la lengua colgando medio mordida entre las mandíbulas apretadas y el mentón cubierto de sangre.

A Elis se le revuelve el estómago, pero no tiene tiempo para vomitar.

No si lo que pretende es sobrevivir.

Ya puede oír pasos allí arriba. La criatura está volviendo a grandes zancadas a la pasarela para cruzar de nuevo a la fábrica. Con la intención de encontrar a Elis y terminar el trabajo.

Elis se pone en pie con dificultad y obliga a sus pies a moverse. Le duelen los tobillos, pero, para su sorpresa, lo sostienen.

El tórax lo tiene peor. Cada respiración le araña los pulmones. Sin embargo, su corazón late desbocado y reparte adrenalina por todo su cuerpo, haciendo que este responda a pesar del dolor.

El haz de luz del frontal azota la oscuridad mientras Elis corre de vuelta a la valla metálica. Oye el golpe del portón de la fábrica al abrirse de un bandazo. Después, pasos en la gravilla.

Elis no mira atrás. Corre lo más rápido que puede en dirección a los arbustos. Se precipita dentro de ellos, camina a cuatro patas hasta el hoyo al pie de la valla. Unas púas afiladas le raspan la cara, se le clavan en las rodillas y en los codos.

El frontal encuentra el agujero. Pega la barriga al suelo y empieza a reptar por debajo de la valla.

A su espalda oye el ruido de ramas que se parten, y por encima de eso un gruñido apagado, como de un animal. Elis avanza lo más deprisa que puede.

El agujero es demasiado estrecho para la criatura, así que podrá conseguirlo.

Cuando ya está casi al otro lado, un cabo suelto de alambre de la valla se le engancha en los pantalones.

Elis gira para tumbarse bocarriba y tirar de su propia pierna con ayuda de las manos. El afilado alambre atraviesa la tela del pantalón y se le clava en la piel.

El gruñido se acerca hasta convertirse en una gigantesca silueta de ojos rojos justo al otro lado de la valla.

El corazón de Elis se acelera aún más. Pega un último tirón a la pierna. El alambre le desgarrar un trocito de carne y piel antes de ceder, pero Elis apenas lo nota. Ha conseguido cruzar, el ente sigue al otro lado.

Elis se gira otra vez para ponerse bocabajo con intención de levantarse.

Un pie encuentra apoyo en el suelo.

Pero, justo cuando va a echar a correr, algo lo agarra del tobillo.

Lo echa al suelo de un tirón tan fuerte que el frontal se desprende de su cabeza y cae.

Elis hunde desesperadamente los dedos en la tierra esponjosa para oponer resistencia, intenta golpear al monstruo con el pie que tiene libre.

Grita tan fuerte que le duelen los pulmones.

Pero es en vano.

La criatura tira de él por debajo de la valla.

Lo aleja de la luz del frontal.

Lo vuelve a sumir en la oscuridad.